

BIBLIOTECA  
COMILLAS  
Teología

04

PUBLICACIONES  
DE LA UNIVERSIDAD  
PONTIFICIA COMILLAS

PEDIDOS:  
Servicio de Publicaciones  
c/ Universidad Comillas, 3  
Tel.: 91 734 39 50 - Fax: 91 734 45 70

José García de Castro Valdés  
Santiago Madrigal Terrazas  
(editores)

# MIL GRACIAS DERRAMANDO

## Experiencia del Espíritu ayer y hoy

Libro homenaje a los profesores  
Santiago Arzubialde SJ, Secundino Castro OCD  
y Rafael M<sup>a</sup> Sanz de Diego SJ

UNIVERSIDAD  
ICAI  
PONTIFICIA  
ICADE  
**COMILLAS**  
M A D R I D

2011

## SAN JUAN DE ÁVILA: CARTAS DE CONSUELO EN LA TRIBULACIÓN\*

MARÍA JESÚS FERNÁNDEZ CORDERO

Universidad P. Comillas-Madrid

Se ha dicho que las cartas de San Juan de Ávila no eran sino sermones escritos, puesto que, para él, la predicación constituía el eje de su ministerio<sup>1</sup>. Tal afirmación ha de comprenderse como relativa a la intencionalidad fundamental de anunciar el evangelio, pero ello no ha de ocultar las diferencias entre ambos géneros: la predicación pública, abierta a personas de toda condición social y en situaciones vitales muy diversas<sup>2</sup>, con piezas –sermones y pláticas– que catalogamos como pertenecientes a la oratoria sagrada, y el género epistolar, privilegiado para el acompañamiento espiritual desde el conocimiento que facilita el intercambio de noticias y confidencias según el mayor o menor trato de intimidad. La inmediatez física de la predicación oral otorga a la misma un valor comunicativo muy elevado: presencia personal, irradiación del carisma, transmisión por cauces verba-

\* Este trabajo pertenece al Proyecto de investigación *La «reparación» en la confluencia de teología, historia y espiritualidad*, proyecto propio de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid.

<sup>1</sup> L. SALA BALUST Y F. MARTÍN HERNÁNDEZ, «Estudio biográfico», en SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras completas*. Madrid: BAC, 2000, t. I, 245: «Su predicación fue algo consustancial a su temperamento de apóstol: a la predicación se ordenaba principalmente su estudio; su oración era el fuego en que templaba su espíritu para el púlpito; sus mismas cartas, ¿qué otra cosa eran sino sermones escritos?»

<sup>2</sup> La atención a esta diversidad fue importante para Ávila, hasta el punto de que su predicación fue descrita como una «red barredera» (imagen utilizada por el licenciado Vargas, luego embajador en Venecia) o como el recorrido de un camino principal desde el cual se envían «muchos mandados» (imagen de Fr. Luis de Granada). (Ib. 251-252).

les y no verbales, ambiente colectivo y/o encuentro comunitario, capacidad para hablar al corazón de las personas; en definitiva, una viveza del acontecimiento de la que no dan cuenta sino de modo muy limitado las notas y textos de sermones que conservamos. Por otra parte, la lejanía física que determina la comunicación epistolar se transforma, por el hecho de esta última, en una proximidad diferente: la que pone en contacto la interioridad de los espíritus y los corazones que han decidido abrirse en busca de la escucha y la palabra del otro. En este sentido, las cartas de Juan de Ávila constituyen una predicación –continuando con la analogía entre ambos géneros– de carácter más fuertemente personal, basada en el conocimiento de las circunstancias por las que atraviesa el otro, de los estados de ánimo, incluso de las mociones del espíritu, siempre según el grado de confidencialidad y el tipo de relación establecida con el Maestro.

No pretendemos abordar aquí toda la riqueza que contiene el epistolario de San Juan de Ávila<sup>3</sup>. Tan sólo nos fijaremos en uno de sus aspectos más destacados: muchas de sus cartas tienen por finalidad consolar y fortalecer el espíritu de personas que atraviesan circunstancias dolorosas de diversa índole, que podemos abrazar bajo el término –tan propio de la época– de *tribulación*<sup>4</sup>. Basta un breve repaso a los epígrafes con que han sido publicadas<sup>5</sup> para darnos cuenta de la prioridad concedida por el Maestro a este tipo de comunicaciones. Incluso parece reservarse para tales circunstancias en su tarea de escribir; al menos, así se justifica ante las quejas de uno de sus corresponsales: «Pregúntame vuestra reverencia si pienso que vive o si le cuento por uno de los muertos, pues no le escribo. Respóndole que no le olvido; mas guardaba mi carta para este tiempo, porque en el otro no era menester»<sup>6</sup>.

<sup>3</sup> En la mencionada edición de *Obras completas*, t. IV. En las notas indicaremos el nº de la carta y la página, pues todas se encuentran en dicho volumen. Puede consultarse: F. MARTÍN HERNÁNDEZ, *San Juan de Ávila, guía espiritual a través de sus cartas*, en *El Maestro Ávila. Actas del Congreso Internacional*. (Madrid 27-30 Nov. 2000). Madrid: Edice, 2002, 707-726.

<sup>4</sup> El *Diccionario de la Real Academia Española* indica dos acepciones de la palabra *tribulación*: 1) Congoja, pena, tormento o aflicción moral; 2) Persecución o adversidad que padece el hombre. Es significativo que el *Diccionario de Autoridades* (ed. 1739) subraye no sólo el valor subjetivo, sino también la dimensión religiosa: «Congoja, pena, aflicción o tormento que inquieta o turba el ánimo. Tómase regularmente por las persecuciones o adversidades que padecen los justos y siervos de Dios con tolerancia y resignación en su santísima voluntad».

<sup>5</sup> *A un religioso predicador consolándole en una persecución que se le había levantado, A una mujer que sentía mucha ausencia y desfavores de nuestro Señor, A una mujer atribulada, A una señora enferma, A una doncella enferma y desmayada en el camino de Dios, A un su amigo consolándole en la muerte de una madre y hermano, A una doncella atribulada por el desamparo espiritual que sentía, A un estudiante que le escribió la sequedad que ballaba en sus ejercicios, A una persona afligida...*

<sup>6</sup> Carta 2, 15. Sobre ella volveremos más adelante.

¿Cuáles son las claves del discurso de Ávila en este tipo de cartas?, ¿cómo interpretan la tribulación en la experiencia cristiana de Dios?, ¿qué tipo de consuelo ofrecen, o a qué consolación pretenden dar acceso?, son algunos de los interrogantes a los que procuraremos responder mediante el estudio de varias de sus epístolas.

# 1. SER CONSOLADO PARA CONSOLAR. EL PADECIMIENTO COMO REDAMATIO

La Carta 58 constituye, dentro del *Epistolario* de Juan de Ávila, el texto esencial para comprender la fundamentación teológica y la experiencia espiritual desde las cuales él se sitúa en este género de correspondencia. Se dirige *A unos devotos, afligidos por una persecución que se había levantado*; en realidad, Ávila estaba en el centro de la misma. La historiografía considera que se trata de una carta escrita hacia 1532 en las cárceles inquisitoriales de Sevilla, donde permaneció hasta el verano de 1533. Los destinatarios serían sus amigos y discípulos de Écija. En esta localidad había predicado residiendo en ella de modo bastante estable, quizás desde 1527, acogido a la hospitalidad de don Tello de Aguilar y doña Leonor de Inestrosa; entre sus seguidores se encontraban don Pedro Fernández de Córdoba y su hermana doña Sancha Carrillo (futura destinataria del *Audi, filia*), hijos de los marqueses de Guadalcázar, así como el Maestro Zamora, que sería albacea y testamentario de la marquesa de Priego<sup>7</sup>. Su actividad apostólica aquí fue muy variada: predicó en las iglesias e incluso en las plazas, enseñó el catecismo a los niños e inició en la oración mental a los adultos, dio lecciones sobre la carta a los Hebreos, organizó colectas para ayudar a los necesitados y mantener los estudios de clérigos pobres... Consecuencia del impacto de su ministerio fue no sólo la adhesión de muchos, sino también la persecución por parte de otros: de Écija partieron las denuncias ante la Inquisición en 1531, con acusaciones relativas a cuestiones morales y dogmáticas y sospechas de iluminismo y erasmismo<sup>8</sup>. Hemos de suponer que su prisión desconcertó y preocupó a sus amigos y seguidores, quienes, a su vez, se verían afectados por la coacción social que tal acontecimiento provocaba.

La intención de Ávila en su carta es consolar a sus destinatarios y confirmarles en el itinerario espiritual emprendido, pero lo hace por completo

<sup>7</sup> L. SALA BALUST Y F. MARTÍN HERNÁNDEZ, «Estudio biográfico», 33-35. Para el contexto general, J. SÁNCHEZ HERRERO, *Andalucía, campo apostólico de Juan de Ávila*, en *El Maestro Ávila. Actas del Congreso Internacional*, 99-170.

<sup>8</sup> L. SALA BALUST Y F. MARTÍN HERNÁNDEZ, «Estudio biográfico», 35-59 contiene el análisis del proceso inquisitorial.



desde dentro de la situación compartida, al ser él mismo la primera víctima de la *persecución que se había levantado*. Precisa ser consolado y confirmado antes de poder hacer esto con otros. Por eso, las primeras palabras no son tuyas, sino de la Escritura; cita 2 Cor 1,3-5, bendiciendo a Dios «Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, de manera que podamos nosotros consolar a los que en toda angustia están; y esto, por la consolación con la cual Dios nos consuela. Porque así como las tribulaciones de Cristo abundan en nosotros, así por Cristo es abundante nuestra consolación»<sup>9</sup>. Ello le permite, de inmediato, recordar las persecuciones sufridas por san Pablo y establecer un contraste de actitudes, valioso para que él mismo y los lectores de sus palabras queden interpelados por el ejemplo del Apóstol:

«Y con todas estas tribulaciones [Pablo] no sólo no murmura ni se queja de Dios, como los flacos suelen hacer; no se entristece, como los amadores de su honra o regalo; no importuna a Dios que se las quite, como los que no las conocen, y por eso no las quieren por compañeras; no las tiene por pequeña merced, como los que las desean poco; mas toda la ignorancia y flaqueza dejada atrás, bendice en ellas y da gracias por ellas al Dador de ellas como por una señalada merced, teniéndose por dichoso de padecer algo por la honra de Aquel que sufrió tantas deshonras por sacarnos de la deshonra en que estábamos sirviendo a la vileza de los pecados, y nos hermoseó y honró con su espíritu y adopción de hijos de Dios, y nos dio arra y prenda de gozar en el cielo de Él y por Él.»<sup>10</sup>

Sólo después de estas palabras comienza a dirigirse directamente a los suyos: «¡Oh hermanos míos muy mucho amados!», y les invita a «considerar cuántas mercedes nos hace [Dios] en lo que el mundo piensa que son desfavores». Los lectores u oyentes (si la carta fuese leída en pequeños grupos de seguidores) han de contrastar su espíritu según los criterios mostrados por Pablo, siendo el principal la disposición a «padecer algo» por quien ha padecido por nosotros, por nuestra salvación y filiación divina. Según esto, afrontar la tribulación, sin murmuraciones ni quejas de Dios, sin tristezas ni rechazos, constituye un acto de correspondencia hacia quien antes ha sufrido por amor a nosotros. El padecimiento no es deseado en sí mismo, sino sólo en cuanto puede encerrar una bienaventuranza divina —ser *dichoso*— por su relación a Cristo. Encontramos aquí la noción teológica de la *redamatio*: el retorno de amor, sin proporción pero con realidad, hacia Aquel que nos ha amado primero<sup>11</sup>. En esta clave, la tribulación se convierte en

<sup>9</sup> Carta 58, 268.

<sup>10</sup> Id.

<sup>11</sup> Sobre este tema, N. MARTÍNEZ-GAYOL (dir.), *Retorno de amor. Teología, historia y espiritualidad de la reparación*. Salamanca: Sígueme, 2008, especialmente 91-94.

una *merced* divina y hay que aprender del Apóstol a no tenerla por *pequeña*, sino por *señalada merced*.

Evidentemente, esta perspectiva contradice los criterios del mundo (tomado éste en el sentido negativo de realidad alejada de Dios, no en el positivo de creación), el cual identifica las tribulaciones con *disfavores* divinos, con lo que esto conlleva de escándalo y acusación en una sociedad sacralizada. En el texto que hemos mencionado y a lo largo de toda la carta, el valor que está en juego en situación de persecución es la *honra*: existe una honra y una deshonra ante el mundo que encierra en sí toda la problemática de la coacción social, en la cual —no lo olvidemos— la Inquisición desempeña un papel fundamental; pero existe también una honra y una deshonra ante Dios, que ha de constituirse en criterio último de la actuación cristiana: Cristo sufrió ante el mundo deshonras por sacarnos de la deshonra en la que estábamos ante Dios. Sus discípulos no son más que él, le seguirán por la *senda estrecha* que lleva a la vida.

Puesta la mirada en Cristo, Ávila cambia de destinatario, y convierte la sección central de su misiva en una oración; entabla un diálogo con Jesús puesto en cruz, el fragmento más conocido de esta espléndida carta, que vale la pena reproducir aquí:

«... En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste, dando tu vida y sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la cruz te quiero buscar y en ella te hallo, y hallándote me curas y me libras de mí, que soy el que contradice a tu amor, en quien está mi salud. Y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, empero con semejanza, al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciendo por ti, como tú, amándome, moriste de amor de mí.»<sup>12</sup>

Aquí Ávila no busca directamente el sentido del sufrimiento: busca y encuentra a Cristo, y bajo la potencia de su amor revelado en el misterio pascual experimenta la sanación profunda del yo, la liberación del amor propio, y la inserción en esta misma dinámica de amor para responder a él (*redamatio*) con un amor que no rehúye el padecer por el Amado. Es este encuentro personal con Cristo el que dota de sentido al paso por la tribulación.

Inherente a esta experiencia es la conciencia de la desproporción: «te respondo, aunque *no con igualdad*, empero con semejanza, al *excesivo* amor que en la cruz me tuviste». Deslizarse por la comparación entre ambos amores lleva a Juan de Ávila desde el dolor y la vergüenza por su poco amor hasta una nueva e impaciente plegaria: «Dime, ¿por qué quieres que sea pregonero tuyo y alférez que lleva la seña de tu Evangelio, y no

<sup>12</sup> Carta 58, 269.



me vistes de pies a cabeza de tu librea?». La imagen de la librea expresa, en el lenguaje propio del s. XVI, la noción paulina de revestirse de Cristo; se trataba del traje que los príncipes o los señores daban a sus criados, pajes o servidores<sup>13</sup>, y Ávila ve en sí mismo disconformidad entre el nombre de *siervo* de Cristo y su propia vestidura: «¡Oh, cuán mal me parece nombre de siervo tuyo, y andar desnudo de lo que tú tan siempre, y tan dentro de ti, y tan abundantemente anduviste vestido!». Por otra parte, la antítesis vestido-desnudez ofrece literariamente el reflejo del contraste entre la realidad del amor divino y la adversidad a la que el mundo le somete: la vestidura de Cristo fue su amor por nosotros, que le hizo padecer, y de ella nunca se desnudó; «cuando te desnudaron la ropa de fuera –sigue diciendo Ávila al Señor–, te cortaron en la cruz, como encima de mesa, otra ropa bien larga dende pies a la cabeza, y cuerpo y manos, no habiendo en ti cosa que no estuviese teñida con tu benditísima sangre, hecho carmesí resplandeciente y precioso»<sup>14</sup>.

El contraste entre el amor que revela la túnica de sangre del Crucificado y la desnudez (pequeñez) de tal amor con que se reconoce su servidor no hace sino reavivar la aspiración profunda al amor más pleno: «Quien, viéndote tal, huyere de lo que a ti lo conforma, que es el padecer, no te debe perfectamente amar, pues no quiere ser a ti semejable»<sup>15</sup>. Así se descubre la *merced* que encierra la tribulación: la oportunidad de conformarse con Cristo. Ávila sitúa esta conformidad o configuración en *el padecer*, pero no hay que olvidar que está vinculado al amor: «nunca nos dejaste de amar, y esto te hacía padecer»<sup>16</sup>; por eso, más exactamente, la configuración con Cristo radica en el amor dispuesto a padecer por el Amado (y por el bien del amado). Así se comprende el *deseo de padecer*, que se identifica, en realidad, con la aspiración al *perfecto amor*.

De nuevo se percibe que tales actitudes no se corresponden con las vigentes en el mundo, de modo que, en un párrafo de transición perteneciente todavía a la sección oracional de la carta, asume la dinámica evangélica del perder/ganar, al tiempo que denuncia las apariencias religiosas

<sup>13</sup> Así lo explicita el *Diccionario de Autoridades* (ed. 1734) con algunos detalles de interés: «Librea. El vestuario uniforme que los Reyes, Grandes, Títulos y Caballeros dan respectivamente a sus Guardias, Pajes, y a los criados de escalera abajo, el cual debe ser de los colores de las armas de quien le da. Suélese hacer bordada, o guarnecida con franjas de varias labores. Covarrubias dice se llamó librea por los muchos privilegios y libertades que gozan los que sirven a los Reyes.»

<sup>14</sup> Carta 58, 269. Sobre el universo simbólico en este tema, J. L. MORENO MARTÍNEZ, *Figuras bíblicas de la cruz en San Juan de Ávila*, en *El Maestro Ávila. Actas del Congreso Internacional*, 645-668.

<sup>15</sup> Carta 58, 269-270.

<sup>16</sup> Ib. 269.

de «los que por tuyos son tenidos» (exterioridad valorada socialmente) y, sin embargo, no se alegran «con lo contrario del mundo» (interioridad de la vivencia frente a un mundo adverso). Por obra del amor y del deseo, el padecer ha de convertirse en motivo de *alegría*, pues autentifica la unión con quien es el bien verdadero<sup>17</sup>.

La última parte de la carta retoma la comunicación con sus destinatarios, exhortándoles a no sentirse turbados «con las persecuciones o sombra de ellas que nos han venido»; las compara con una prueba o examen de lección que tuvieran que rendir (como niños de escuela) quienes durante cinco o seis años (los que ha predicado Ávila en Écija) se esforzaban en aprender a padecer por amor a Cristo. Les anima a confiar en Dios sin espantarse de las amenazas de los perseguidores y les indica, desde su propia experiencia, las actitudes esenciales para perseverar. La primera de ellas es el amor a los enemigos. Ávila mismo, afianzado en la conciencia de su fidelidad a Cristo, confiesa sentir «gran compasión de su ceguedad, porque el Evangelio de Cristo, que yo en ese pueblo he predicado, está cubierto a los ojos de ellos»<sup>18</sup>; pide para ellos la misericordia y la bendición del Señor y orienta a sus discípulos a seguir en esto el ejemplo de Cristo en su trato con quien le traicionó y en su petición de perdón para quienes le crucificaban. «Mirad en todos los prójimos cómo son de Dios y cómo Dios quiere su salvación, y veréis que no queráis mal a quien Dios desea bien.»

El segundo punto importante de su exhortación se dirige a la perseverancia:

«Y estad sobre aviso, que no tornéis atrás, ni en un solo punto, del bien que habiades comenzado, porque eso sería extremo mal; mas asentad en vuestro corazón que este a quien habéis seguido es el Señor de cielo y tierra y de muerte y vida, y que, en fin (aunque todo el mundo no quiera) ha de prevalecer la verdad, la cual trabajad por seguir; que siguiéndola, no sólo a hombres, mas ni a demonios, ni aún a ángeles, si contra nosotros fuesen, no los temáis.»<sup>19</sup>

En ningún momento trata Ávila a sus destinatarios como seguidores suyos, sino de Dios. Su referencia personal alude sólo a cómo él mismo se sitúa desde lo que predica, pero el vínculo de discipulado se establece con el Señor. Por otra parte, la fidelidad no impide la prudencia: «Usad mucho

<sup>17</sup> Ib. 270: «Más quiero tener a ti, aunque *todo* lo otro me falte –que ni es *todo* ni *parte*, sino miseria y pura *nada*–, que estar yo de otro color que tú, aunque todo el mundo sea mío. Porque tener todas las cosas que no eres tú, más es trabajo y carga que verdadera riqueza; empero, ser tú nuestro, y nosotros tuyos, es alegría de corazón y verdadera riqueza, porque tú eres el bien verdadero.»

<sup>18</sup> Ib. 270.

<sup>19</sup> Ib. 271.

el callar con la boca hablando con hombres, y hablad mucho en la oración en vuestro corazón con Dios, del cual nos ha de venir todo el bien.» La propia oración será el cauce por el que vendrá este bien, en especial la meditación de la pasión de Jesucristo. Así, si llega a afectarles el mal, que será padecer por «lenguas de malos», podrán sufrirlo como penitencia y purificación.

Entre estas últimas advertencias, todavía queda una destacada: afincarse en la perseverancia no significa creerse mejor que los adversarios. «Mas no quiero que os tengáis por mejores que los que veis agora andar errados; porque no sabéis cuánto duraréis en el bien, ni ellos en el mal; más *obrad vuestra salud en temor* (Flp 2,12) y en humildad»<sup>20</sup>. Les recuerda la parábola del fariseo y el publicano y les recomienda el santo temor de Dios, encomendando a él todo juicio.

Como puede observarse, el centro de la carta lo constituye la sección oracional: en un *olvido* literario de sus destinatarios, Ávila les comunica la interioridad profunda de su experiencia en la persecución mediante su diálogo con el Crucificado. El ejemplo inicial no es él, sino San Pablo, y la oración que se abre ofrecerá una referencia vital en cuanto Ávila ha sido para ellos el portador del evangelio. Pero su función referencial queda superada por otra: la de mediación que permitirá a los lectores oyentes introducirse ellos mismos en una oración ante Jesús puesto en cruz, y continuarla más allá de la lectura/escucha, en un diálogo personal sobre el amor recibido y correspondido, dispuesto o no a padecer por el Amado. El misterio pascual, la transformación que opera en el creyente, la respuesta amorosa y fiel (*redamatio*), introducirán a la persona en situación de tribulación en un universo de sentido desconocido por el mundo. El padecer se ilumina así, indirectamente, desde la cruz de Cristo, como elemento constitutivo del discipulado cristiano, pues formó parte del itinerario de Cristo en su amor salvador por nosotros.

De este encuentro con el Crucificado emana, por tanto, todo consuelo en la tribulación, la paz, la alegría interior y la fortaleza del espíritu, para poder suscribir –con el apóstol Pablo– las palabras de inicio de la carta, que reconocen a Dios como el verdadero Consolador y a quienes así lo reciben como consoladores de sus hermanos.

## 2. EN LA PERSECUCIÓN

Se conserva otra carta dirigida a sus amigos de Écija, no fechada, pero, por su contenido, anterior a la que acabamos de analizar, pues en ella les

<sup>20</sup> Id.

advierte: «Combates tendréis, y no pequeños, porque nuestros enemigos son muchos y muy crueles»<sup>21</sup>. La perspectiva es ya la de orientar la mirada hacia el Crucificado: «miremos a Cristo puesto en la cruz,... no apartemos nuestros ojos de Él si no queremos tornarnos ciegos». La transformación de la tribulación en gracia es aquí uno de los temas más desarrollados:

«Si el mundo nos persiguere, escondámonos en sus santas llagas, y sentiremos las injurias por tan suaves como una música acordada y las piedras nos parecerán piedras preciosas, y las cárceles palacio, y la muerte se nos tornará vida. ¡Oh Jesucristo, y cuán fuerte es tu amor; y cómo *todas las cosas convierte en bien*, como dice San Pablo! (cf. Rom 8,28).»<sup>22</sup>

No siempre, sin embargo, llega el cristiano a tal perfección de amor. Pero a ella ha de tender, y las cartas consolatorias en la tribulación tienen la función de guiar hacia tal experiencia.

Por las alusiones recomendando la compañía de Fr. Luis de Granada, la *Carta 2* se considera escrita entre 1535 y 1547; va dirigida *A un religioso predicador*, quizá el dominico Fr. Alonso de Vergara, *consolándole en una persecución que se le había levantado*. En ella Juan de Ávila utiliza una penetrante ironía con el fin de sacar a su interlocutor de las quejas victimistas y recuperarle para asumir y enfrentar con valor la adversidad sobrevenida. Las palabras con las que comienza se refieren a las misivas previas, pero establecen tal antítesis que no dejarían de causar dolor al destinatario por el juicio espiritual que contienen: «A quien desease saber qué cosa es el hombre cuando Dios le ayuda y regala, enseñarle hía yo una carta de vuestra merced que los días pasados me envió; y a quien quisiese conocer la flaqueza del hombre cuando anda por sí, enseñarle hía esta que agora me envió. [...] ¿Qué es, diré, sino que el hombre con Dios es como Dios, y el hombre sin Dios es grandísimo tonto y loco?»<sup>23</sup>.

La carta entera se dirige a lograr que el religioso asuma de frente la persecución, sin espantarse de que le haya sido provocada por anunciar a Jesucristo. Dios sigue siendo el quicio o la roca en que se busca la fortaleza, pero emerge también la especificidad del ministerio del predicador; éste ha de estar «certificado ser de Dios la doctrina que predica, y ser de Dios

<sup>21</sup> Carta 64. A unos amigos suyos [que tenía en la ciudad de Écija], que habían comenzado a servir a Dios, 284.

<sup>22</sup> Ib. 285. «... Quiero decir, cómo los que aman a Dios en las injurias no sienten injurias; en el hambre están hartos; desechados del mundo, no se afligen; tentados del fuego carnal, no se queman; hollados, están en pie; parecen pobres, y están muy ricos; feos, y son hermosos; extranjeros, y son ciudadanos; acá no conocidos, y muy familiares a Dios. Todo esto y más hace el noble amor de Jesucristo en el corazón donde se aposenta.»

<sup>23</sup> Carta 2. A un religioso predicador [Fr. Alonso de Vergara, OP], 15.



el modo con que la predica [...] y ser de Dios el espíritu que ha recibido»<sup>24</sup>, si es así –Ávila le interroga y al mismo tiempo parece confirmarle–, no ha de extrañarle ser perseguido; ha de comprender –tras el discernimiento en conciencia– que no se trata de un conflicto meramente personal, sino de *la causa de Dios*, quien, a su vez, hace suyas las causas de sus servidores. La *honra* que aquí está en juego es la de Dios: «Causa es de Dios y deshonras son de Dios aquellas que a los servidores de Dios se hacen; como es honra de Dios y causa suya cuando *a sus chiquitos hacemos bien* (cf. Mt 25,40) y honramos»<sup>25</sup>. Si efectivamente es así, esto no cambia por el hecho de que los perseguidores crean actuar también por Dios, «pues expresamente están amonestados los siervos de Dios que han de ser perseguidos de gente que *crea que hacen gran servicio* (Jn 16,2) en los perseguir»<sup>26</sup>.

Ávila siente la necesidad de espolear al destinatario de esta carta al valor en la contradicción por Cristo, una cuestión de amor que es una especie de guerra que no admite cobardes. No ha de tener miedo, ha de encomendarse a Cristo, pues es cosa suya, pero ha de dejar las quejas y desconfianzas; de nuevo la ironía penetrante: «¿Por ventura es vuestra reverencia el primer atribulado, porque se pasó a Cristo? ¿O será el primero desamparado de los que padecen por Cristo?»<sup>27</sup>. Pero, más allá de estas punzadas, que no pretenden herir sino despertar, el interrogante vuelve a ser lo que uno está dispuesto a dar por Cristo en retorno de lo recibido de él:

«No estime a Dios en tan poco, que quiera dar poco por Él, pues Dios le estimó a él en tanto, que no quiso dar menos que a sí por él. Amado fue en cruz, ame en cruz.»<sup>28</sup>

«Ofrezca, padre, su vida y honra en las manos del Crucificado, y hágale donación de ella, que Él la pona en cobro, como ha hecho a otros: *Yo sé a quién creí*, dice San Pablo (2 Tim 1,12). Y no le fue mal de ello. *Poco es y momentáneo* lo que se padece (cf. 2 Cor 4,17); y a quien grande parece, es porque él es chico en el amor, y tiene pesos falsos.»<sup>29</sup>

«Hayamos vergüenza de quejarnos, pues hemos recibido de Dios de qué tanto gozarnos en obra y esperanza.»<sup>30</sup>

<sup>24</sup> Ib. 18.

<sup>25</sup> Ib. 17.

<sup>26</sup> Ib. 18. Y prosigue: «Ellos [los siervos de Dios] padecen por Dios y porque se llegaron a Dios; y la persecución es contra Dios. Si los perseguidores otra cosa piensan, por ventura disminuyen algo su culpa, más no nuestra corona; y si ellos, engañados, piensan que sirven a Dios, nosotros, desengañados, sabemos que servimos a Dios.»

<sup>27</sup> Ib. 17.

<sup>28</sup> Ib. 18.

<sup>29</sup> Ib. 20.

<sup>30</sup> Ib. 21.

De nuevo, la *redamatio* aparece como un elemento esencial para la fortaleza y la perseverancia en la persecución. Pero en las palabras citadas aparece también otra dimensión: el horizonte escatológico. Ávila no sólo ayuda a poner y sostener la mirada en el Crucificado, sino que afirma que hay que extenderla a la bienaventuranza prometida: «*sentarse a su mesa con Él en su reino*». De aquí se siguen dos aspectos a considerar: lo transitorio del padecer frente a lo definitivo de la dicha esperada y, por otra parte, la comensalidad con los santos y mártires que han llegado hasta el derramamiento de su sangre por Cristo. De aquí brotan tanto la superación de los planos temporales y circunstanciales por alcanzar un bien mayor y sin término, como la aspiración a «mayores cosas», pisando «esta víbora de la tribulación»<sup>31</sup>.

En las recomendaciones finales de esta carta, destaca la meditación de la Escritura. La tribulación resulta ser la ocasión más propicia para entenderla, para conocerla interiormente. En esto Ávila acude a su testimonio personal: «en lo de la Escritura sagrada, le digo que la da nuestro Señor a trueque de persecución. [...] Si algo de ello Dios me dio –que sí dio–, a trueque de esto me lo dio. Y sin esto no aprovecha nada leer». Finalmente: «tome un crucifijo delante y Aquél entienda en todo porque Él es todo y todos predicán a éste. Ore y medite y estudie. No sé más.»<sup>32</sup>

### 3. EN LAS «DESCONSOLACIONES» ESPIRITUALES

La *Carta 20* del epistolario de Juan de Ávila se conserva en tres versiones distintas<sup>33</sup> que difieren en sus párrafos iniciales y coinciden después literalmente hasta el final; llevan por epígrafes: *A una mujer que sentía mucha ausencia y disfavores de nuestro Señor*, *A una persona que estaba tentada*, y *A cierta persona devota*, y sabemos por Fr. Luis de Granada que

<sup>31</sup> Ib. 20: «¡Oh padre!, ¿y por qué hemos de irnos a sentar a aquella mesa de perseguidos, deshonorados, santos, tentados y muertos a cuchillo (cf. Heb 11,37), no habiendo nosotros padecido nada? ¡Qué vergüenza sería parecer predicadores delicados delante aquellos que con tantas persecuciones y derramamiento de sangre lo fueron! Llevemos algo de qué gloriarnos; traigamos alguna empresa de amor por nuestro verdadero Amador, para que no sea nuestro amor de sola palabra. Hollemos esta víbora de la tribulación y pasemos adelante, aparejándonos a mayores cosas, que, *a la medida de lo que padecemos, nos dará Dios los consuelos en el alma nuestra* (Sal 93,19) y el fruto en las ajenas.»

<sup>32</sup> Ib. 22.

<sup>33</sup> Dos manuscritos en la Real Academia de la Historia y uno en el British Museum; publicadas con las numeraciones 20 [1], 20 [2] y 20 [3] en el vol. IV de las *Obras completas* que venimos citando.



se trataba de «una persona de mediano estado»<sup>34</sup>. Se trata de una carta significativa del acompañamiento de Ávila a quienes se sienten en desolación.

No se dan detalles de la experiencia espiritual de la destinataria, tan sólo que estaba «con demasiados temores congojada, pensando que Dios la ha olvidado»<sup>35</sup>. Ciertamente, la primera preocupación que manifiesta Ávila es evitar que se atribuya a ira o alejamiento de Dios «lo que es verdadero amor», por lo cual insiste en mostrar la revelación de este amor en Cristo. No obstante, aparece con claridad la comprensión hacia el sufrimiento que conlleva esta experiencia, la cual ha de ser tomada como una purificación interior:

«Y aunque es cosa que mucho lastima este desmayo del corazón, y disfavor sentido en lo interior de él, y no atinar el ánima cómo está con Dios, y cómo estará, ni en qué para, mas, con todo esto, pocas cosas hay con que uno purgue sus pecados ni tantas cosas aprenda como en aquella obscuridad tenebrosa y aflicción interior, que hace sudar del corazón gotas de sangre.»<sup>36</sup>

La segunda versión de la carta también incluye esta comprensión: «ansí como las consolaciones de Dios son mayores que se puede decir, así las desconsolaciones de la ausencia son increíbles a quien no las pasa». Sin embargo, «es más cierto lo que Él promete que lo que nosotros sentimos»<sup>37</sup>, y este criterio de objetividad del amor divino ha de prevalecer. Por ello, Ávila se vuelca en recordar a la persona afligida el misterio de la redención, el amor revelado en Cristo crucificado, la misericordia y la fidelidad de Dios. Y es que en estos momentos le parece prioritario afianzar la confianza en la bondad y el amor de Dios.

La última parte de esta carta, común en las tres versiones, es oracional. Después de las exhortaciones a su destinataria, Ávila se dirige a Cristo, puerto de seguridad, fuente de aguas vivas y descanso para los afligidos por las tormentas espirituales. Recuerda el pasaje evangélico (Mt 14,22ss.) de la tempestad que azota la barca de los discípulos, a quienes ha mandado entrar en el mar sin él, y cómo, avanzada la noche, creyéndose ellos olvidados, se acerca caminando sobre las aguas: «acércaste a los tuyos, cuando ellos piensan que están más lejos de ti, y dícesles palabras de confianza: *Yo soy, no queráis temer*. (Mt 14,27)»<sup>38</sup>. A partir de este «*Yo soy*», un nuevo giro literario pone en boca de Cristo una especie de auto-revelación para disipar cualquier sombra de temor o duda, en un magnífico texto con

<sup>34</sup> Carta 20 [1], 120, nota del editor.

<sup>35</sup> Ib. 121.

<sup>36</sup> Ib. 122.

<sup>37</sup> Ib. 127.

<sup>38</sup> Ib. 124.

que concluye la misiva<sup>39</sup> sin volver a dirigirse ya a su interlocutora. Una vez más, una sección oracional constituye el núcleo del contenido epistolar con la función de mediar la presencia de Cristo para el lector/a e introducirle en un ámbito contemplativo desde el cual recuperar la clave de la experiencia cristiana, el amor de Dios revelado en Jesucristo.

Pero también hay una interpretación de este desconsuelo espiritual. En la primera versión de la carta, se afirma:

«Y si queréis entender lo que os viene o el intento para que Dios os lo envía, sabed que son pruebas para que seáis examinada, y después, como a persona fiel en la prueba, seáis coronada de justicia de la mano del mismo Señor»<sup>40</sup>.

La idea de *prueba* es frecuente en las cartas de consuelo de Juan de Ávila; está tomada en el sentido bíblico de examen que da a conocer el corazón del hombre; se orienta a la vida, a otorgar una corona de gloria mayor y procede, por tanto, del amor de Dios<sup>41</sup>.

Pero la prueba encierra, además de la promesa de esa corona, una finalidad pedagógica no desdeñable. En efecto, en la tribulación el hombre se conoce a sí mismo, descubre su flaqueza, conoce lo poco que puede sin Dios (nada en realidad) y aprende a desconfiar de sí para poner su confianza en el Señor: «sírvaos ver a la clara qué es lo que vos podéis de vos»<sup>42</sup>; humildad y descentramiento de sí para buscar a Dios y apoyarse únicamente en él. A su vez, esta lección y la vivencia de la fidelidad suponen un crecimiento, una maduración espiritual que es necesario acoger, aunque

<sup>39</sup> Ib. 124-125. Extraemos algún fragmento: «...Yo [soy] el lazo de vuestra amistad, ¿qué teméis enojo de Dios? Yo vuestro defensor, ¿qué teméis contrarios? Yo vuestro amigo, ¿qué teméis que os falte cuanto yo tengo, si vosotros no os apartáis de mí? Vuestro es mi cuerpo y mi sangre, ¿qué teméis hambre? Vuestro mi Corazón, ¿qué teméis olvido? Vuestra mi divinidad, ¿qué teméis miseria? Y por accesorio, son vuestros mis ángeles, para defenderos; vuestros mis santos, para rogar por vosotros; vuestra mi Madre bendita, para seros Madre cuidadosa y piadosa; vuestra la tierra, para que en ella me sirváis; [...] No hay cosa que os pueda dañar si me amáis y de mí os fiáis. No sintáis de mí humanamente, según vuestro parecer, mas en viva fe con amor; no por las señales de fuera, mas por el corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no pongáis duda en ser amados en cuanto es de mi parte, pues veis tales obras de amor de fuera y corazón tan herido con lanza y más herido de vuestro amor por de dentro.»

<sup>40</sup> Ib. 121.

<sup>41</sup> El sentido bíblico, en la voz «Prueba, tentación», en X. LÉON-DUFOUT, *Vocabulario de Teología bíblica*. Barcelona: Herder, 1993, 738-742. El paso del sentido de *examen* al de *aflicción* se produce «porque, según una sabiduría ya religiosa, el sufrimiento se experimenta como un «test» revelador del hombre». La *prueba* está orientada a la vida (Sant 1,12), mientras que la *tentación* engendra la muerte (Gen 3) y no procede de Dios.

<sup>42</sup> Carta 20, 123.

sea dolorosa o esforzada: «os conviene haceros robusta»; «coceos en el fuego de la tribulación, para que seáis fuerte como ladrillo,... no blanda como el adobe»<sup>43</sup>. Finalmente,

«Quiere el Señor que aprendamos a tenerlo por verdadero y bueno. Y esto en ninguna parte se hace mejor que en aquestos trances, en los cuales, no lo que sentimos en nosotros, mas lo que sentimos de él, nos tiene que no caigamos.»<sup>44</sup>

De nuevo, la superación de la mera subjetividad, del propio sentimiento, para vivir arraigados en la objetividad de Dios y de su amor, «asidos de su bondad y palabra».

#### 4. EN LA ENFERMEDAD

Las cartas que Juan de Ávila escribe con motivo de enfermedades de sus interlocutores son algo más breves que las analizadas hasta ahora, en consideración de la circunstancia y de las molestias que pudiera causar la lectura; el Maestro lo tiene en cuenta y, si nota que se ha extendido demasiado, recomienda que sea leída al enfermo a trozos y en los momentos de alivio.

De entre las misivas de este tipo, la historiografía cree poder afirmar que las *Cartas 14 a 18*<sup>45</sup> se dirigen al conde de Feria, don Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa (1519-1552), a quien asistió en su muerte y del que fue testamentario<sup>46</sup>. Era hijo de don Lorenzo Suárez de Figueroa, III conde de Feria, y de doña Catalina Fernández de Córdoba, II marquesa de Priego, una de las mujeres más importantes de Andalucía<sup>47</sup>. Don Pedro ostentaba

<sup>43</sup> Ib. 122.

<sup>44</sup> Ib. 130. Estas palabras pertenecen a la carta 20 [2], y continúan: «Y este sentimiento no es dulzura, sino una gran amargura de no tener en nosotros sentimientos de Dios con aquella firmeza que queríamos. Y esto es como un arrojarlos a oscuras en su verdad, que prometió favor a los que por él pelean, y en su bondad. Ésta es una oscuridad tenebrosa que le hace sudar gotas de sangre del corazón, y conviene hacernos fuerza y vivir muriendo, si no queremos desdeñar el aprovechamiento que nuestro Señor nos envía.»

<sup>45</sup> Publicadas bajo los siguientes epígrafes: *Carta 14: A un señor de estos reinos. Carta 15: A un señor de estos reinos. Carta 16: A un señor de título. Carta 17: A un señor de título, enfermo. Carta 18: A un señor de título, enfermo y muy temeroso.*

<sup>46</sup> L. SALA BALUST Y F. MARTÍN HERNÁNDEZ, «Estudio biográfico», 130-131.

<sup>47</sup> Doña Catalina colaboraría en la fundación de los colegios de la Compañía de Jesús en Córdoba (1553) y en Montilla (1558), y tuvo un hijo jesuita, don Antonio de Córdoba y Figueroa. Sobre esta relación con la Compañía y los orígenes de la misma en tierras andaluzas, M. REVUELTA GONZÁLEZ, *Coordenadas históricas de la Provincia de Andalucía (1554-2004)*, en W.

el título de IV conde de Feria y estaba casado con doña Ana Ponce de León, hija del duque de Arcos. El matrimonio había establecido relación con el Maestro Ávila desde 1546 en Zafra, adonde le mandaron llamar para predicar una cuaresma y donde hicieron con él confesión general. Tras la muerte del conde, Ávila acompañaría espiritualmente a doña Ana, que pasaría de condesa viuda a monja en el convento de Santa Clara de Montilla, con el nombre de Ana de la Cruz<sup>48</sup>.

La primera carta que se conserva dirigida al conde con motivo de su enfermedad comienza expresando la ambivalencia de sentimientos de Juan de Ávila ante la noticia, pues se apena ante los sufrimientos y dolores del cuerpo, pero se alegra por el bien espiritual que pueda reportar a su interlocutor. La misiva intentará que pueda descubrir esto último. Ciertamente, Ávila es consciente de que es difícil, y trata la enfermedad como un lenguaje de Dios que es preciso desentrañar: «Trabájese vuestra señoría de entender a Dios, cuyas obras son palabras»<sup>49</sup>. Para evitar el malentendido que atribuye a Dios algún mal, afirma de modo directo y categórico: «Jesucristo quiere salvar esa su ánima muy de verdad»; si el mensaje de la enfermedad pudiera ser malinterpretado, hay otro indudable: «las llagas y muerte que por ella [su ánima] pasó dicen a voces que la ama». A partir de aquí, puede solicitar la confianza en el amor de Dios: «Tenga vuestra señoría por cierto que esto que le envía es mensaje de amor y de paz, aunque parece cruel guerra y azote»<sup>50</sup>.

Ávila aplica un sentido de la providencia según el cual las circunstancias adversas son permitidas o enviadas por Dios para bien nuestro, sin entrar en disquisiciones sobre la causalidad. Lo que le interesa es mostrar la oportunidad que esconden para acercarse a Dios y crecer en el espíritu. Así, las «amarguras muy vivas, que con ningún dinero, estado, favor ni medio se pueden quitar», nos son dadas para mostrar la pequeñez de todo lo creado y empujarnos a buscar a Dios, para encontrar en Jesucristo el verdadero descanso y acudir a él en la oración: «Y llamo orar al gemido que sale del corazón por las ofensas de nuestra vida pasada, y el firme propósito de renovar nuestra vida. Esto se hace más fácilmente en la enfermedad que en la salud»<sup>51</sup>.

SOTO ARTUÑEDO (ed.), *Los jesuitas en Andalucía. Estudios conmemorativos del 450 aniversario de la fundación de la Provincia*, Granada 2007, 13-46.

<sup>48</sup> Escribió su vida y la publicó en 1604 el jesuita MARTÍN DE ROA, *Vida de Doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria, monja en Santa Clara de Montilla*, Madrid 1885.

<sup>49</sup> *Carta 14*, 103. «...porque la Escritura dice que es acepto a su señor el siervo que entiende (Prov 14,35); y la experiencia declara que cosa es molesta al señor la torpeza del criado que entiende uno por otro, cuanto más si entiende lo contrario de lo que le dicen.»

<sup>50</sup> Ib. 104.

<sup>51</sup> Id.



Ávila tiene en cuenta la condición social de su destinatario; de ahí su alusión a lo que no se puede remediar con dinero; de ahí también la analogía que establece entre la enfermedad y la guerra<sup>52</sup> para hacerle recomendaciones prácticas de ascesis que, si tienen que ver con el cuerpo, constituyen también ofrendas del espíritu; y advierte, a partir de dicha imagen, que la riqueza a alcanzar es muy distinta: la *joya* es Dios mismo<sup>53</sup>. Que su destinatario manifieste «temor de la muerte»<sup>54</sup> no preocupa a Ávila: es algo penoso, pero no peligroso, y a veces forma parte del medio con que Dios guía las almas: temor y esperanza. En todo caso, la enfermedad ha de servir para ordenar la vida, para enmendar y corregir, para ofrecernos a la voluntad del Señor, y, si Dios quiere llevarnos a su reino, para que con alegría esperemos su corona, y si quiere devolvernos la salud, para quedarnos «con el buen estilo del ánima»<sup>55</sup>.

La *Carta 117, A un sacerdote que estaba enfermo*, se expresa en un lenguaje espiritual más profundo. No advierte contra las erradas atribuciones de mal a Dios, pero sí contra la tendencia humana a inquirir y escudriñar sus juicios; quien evita este camino es quien logra la paz: «la paz en el creer está, no en el escudriñar; en el obedecer con simpleza lo que Dios envía, no en pensar que otra cosa fuera mejor»<sup>56</sup>. El sosiego y la paz se fundan en dar crédito a Dios, que con razón se llama *Dios de esperanza* y *Dios de amor*. Y hay que arrojarle confiadamente a sus brazos para tener fortaleza<sup>57</sup>.

En este caso, la interpretación que Ávila hace de la enfermedad apunta a un progreso espiritual: «la enfermedad que el Señor os ha enviado para su gloria y prueba de vuestra *obediencia*». Algunas recomendaciones tales

<sup>52</sup> Ib. 105: «Y pues vuestra señoría es amigo de sonido de atambor y guerra, ejercite ahora su deseo en pelear contra unas tercianas.» En efecto, don Pedro pertenecía aún a la nobleza que ejercía funciones militares; viajó a Flandes «para acompañar al Emperador en sus guerras» durante tres años (M. DE ROA, *Vida de doña Ana Ponce de León*, 28). Martín de Roa pone en boca de la condesa doña Ana un discurso en el que se dirige a su esposo con esta misma imagen de la guerra, recordándole su condición de soldado y exhortándole a pelear en la enfermedad como caballero cristiano (Ib. 63).

<sup>53</sup> *Carta 14*, 105. «La joya de aquello [la guerra] es una ciudad o reino o reinos; mas, en fin, son de tierra y polvo; la de acá es el perdón de los pecados, los cuales por la penitencia perdona Dios; es el tener domada la carne, que es un muy peligroso enemigo cuando está fuerte; es la amistad de Cristo, el cual particularmente ama a los trabajados, pues Él lo fue, y ve en ellos imagen de Él; es, en fin, la joya Dios, el cual se da a trueco de trabajos.»

<sup>54</sup> *Carta 18*, 111.

<sup>55</sup> Ib. 114.

<sup>56</sup> *Carta 117*, 444.

<sup>57</sup> «Porque, como Santo Agustín dice, no es Dios tal, que, arrojándonos en Él, hurte el cuerpo y nos deje caer, que los que caen es porque no se osan arrojar en Dios, queriendo más vivir en su voluntad y parecer, que les parece luz y razón, que en el de Dios. Y de esta esperanza amorosa que del echar en Dios nace, procede la fortaleza.» Ib. 444-445.

como «no tanteéis lo que hiciéades estando sano» van dirigidas a cuidar que la enfermedad del cuerpo «no pase al ánima», cosa que ocurriría si ésta no se ofrece a la voluntad de Dios. Así, lo que hoy llamaríamos vivir sanamente la enfermedad tiene relación con la aceptación de la misma sin huidas y sin considerar que otra situación que no es la real sería mejor. El paso a esta actitud, fundada en la confianza antedicha, tiene que ver con lo que en lenguaje ignaciano es la indiferencia, que Ávila expresa con una sencilla pregunta: «Y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien?» La enfermedad sería un cauce para aprender esta indiferencia, y Ávila comprende que «duele este despegar de nos nuestras afecciones»; pero Dios mira no a lo que nos agrada, sino a lo que nos es provechoso, como un padre que saca a sus hijos de entre pañales o se alegra cuando los destetan. Con la enfermedad toca alimentarse no de leche de consuelos, sino con «pan duro de perfecta obediencia»; y ésta agrada a Dios.<sup>58</sup>

## 5. EN LA MUERTE

San Juan de Ávila llegó a escribir una sorprendente carta a un moribundo: fechada en Montilla a 25 de enero de 1567, su destinatario era el jesuita P. Antonio de Córdoba, hijo de la marquesa de Priego. Ávila le escribe sin saber si ya estará gozando de Jesús, por las noticias que le llegan. Las palabras que le dirige son una despedida en la que literariamente pone su alma a las puertas de cielo; la consolación del Espíritu Santo que le desea al principio se identifica con esta esperanza. Es el momento de la partida:

«Vaya enhorabuena, carísimo Padre, vaya enhorabuena a ver a todo el Bien y poseerlo eternalmente. Vaya al seno del celestial Padre, donde Él recibe a sus corderos en gloria, los cuales aquí apacentó con su gracia y corrigió con su disciplina. [...] ¡Oh, qué bienaventurada hora de la muerte corporal, pues en ella se sube a tener silla con los príncipes que siempre viven en el acatamiento de Dios! ¡Oh día, fin de los trabajos, fin de pecados, y en el cual el hombre sube a comenzar a servir al Señor de verdad, donde se consuela por los servicios tan imperfectos que acá le hizo! [...] Vaya, señor, a la bendición de Dios nuestro Señor [...]. Cristo, que por vuestra merced murió, le acompañe a su muerte y le reciba en sus brazos salido de esta vida. Dígame vuestra merced lo que Él dijo a su Padre: *In manus tuas, Pater, commendo spiritum meum* (Lc 23,46). Y espero de su misericordia que será bien rece-

<sup>58</sup> Ib. 445.

bido como hijo, y tratado como tal heredero de Dios, y juntamente heredero de Cristo.<sup>59</sup>

Esta esperanza es la que alimenta también las cartas de consuelo ante el fallecimiento de seres queridos. En algunos casos, insta incluso a la alegría, como a un padre que ha perdido a su hijo, pues éste ha alcanzado el mayor bien, y «el amor verdadero, bienes verdaderos ha de desear a quien ama, y gozarse cuando le vienen»<sup>60</sup>. En este caso, todo parece indicar que se trataba de personas de profunda fe, pues Ávila recuerda la fidelidad a Dios mostrada por el hijo y anima al padre a seguir sus huellas en el camino del cielo. Otras veces es necesario reconocer el tremendo desgarramiento de la muerte, como en la carta *A una señora viuda*, en la que se presienten además los trabajos y el desvalimiento de la viudedad<sup>61</sup>. Pero no se ha de permitir el repliegue en el dolor –tal es la reacción de la carne–, sino descubrir en la pérdida la centralidad de Dios –la *joya* que es Dios– y el valor de los bienes eternos. En el sufrimiento, la referencia sigue siendo Cristo en su pasión; el consuelo, el bien de la persona amada; la esperanza, llegar a gozar de Dios por siempre.

## 6. CONCLUSIÓN. EN LA TRIBULACIÓN SE PRUEBAN LOS AMIGOS VERDADEROS

A través de la pequeña selección de cartas que hemos podido integrar en este estudio, podemos concluir que la intención de Juan de Ávila no es primariamente consolar, sino confirmar a sus destinatarios en el seguimiento de Cristo y en el servicio a Dios, aunque les sea costoso y esforzado. De ahí –fundados en el amor primero y en la fidelidad de Dios– se derivará la consolación, que mana de Dios como de su fuente propia: él es el Consolador. Ello explica la despreocupación de Ávila por los posibles consuelos humanos y su deseo de poner a sus destinatarios ante Dios mismo, para que puedan discernir su actitud en el sufrimiento y su respuesta al amor divino. Son escritos que buscan ser mediación de la presencia de Cristo y de su consolación.

<sup>59</sup> Carta 145, 499-501. El P. Antonio de Córdoba murió dos años después, en 1569 (*Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, I. Roma-Madrid: Institutum Historicum Societatis Iesu - Universidad P. Comillas, 2001, 954).

<sup>60</sup> Carta 107, *A un su amigo*, 424.

<sup>61</sup> Carta 106, 421: «Muchos trabajos se le ofrecerán en su viudez, y en muchas cosas echará menos al que las remediaba, y en muchos hallará poca ayuda y poca fidelidad, y menos agradecimiento; mas en todas estas cosas quiere Dios que recurra a Él, y platique sus penas con Él, y como verdadero Padre descansa en Él.»

La confianza en Dios y en su amor, la valoración de toda la realidad con referencia a Dios, la esperanza en sus promesas, constituyen el núcleo esencial para vivir la experiencia de la tribulación en forma positiva. De este modo, se convertirá en cauce de purificación, de crecimiento, de maduración espiritual, de santificación, hasta llegar al *perfecto amor*. Su virtualidad para autentificar la relación con Dios se percibe desde una clave sabiamente sencilla: «la tribulación... es el tiempo donde se prueban los amigos ser verdaderos y donde se descubren los fingidos»<sup>62</sup>.

Hace ahora cien años que, en la Obra de Poveda, se dio una obra de Iglesia, la Institución Teresiana, que, al estilo de los primeros cristianos, insertos en la cultura, testimoniaron el evangelio en medio de la cultura, y vinculados por la caridad. Respondiendo a la necesidad imperiosa de un diálogo entre la Iglesia y la cultura, y una sociedad cada vez más plural y secularizada, la Obra de Poveda se sumaba así a otras iniciativas que, a lo largo del siglo XX, se dedicaron a la transformación social (más en concreto, en el ámbito educativo, objeto entonces de un agudo debate social). Frente a posturas creyentes integristas e intransigentes, la Obra de Poveda y el colegio se dedicaron por responder al laicismo agresivo, mostrando con obras y palabras alejadas de beligerancia y descalificaciones que la plenitud de lo humano está en Cristo, y que no hay oposición entre fe y ciencia.

La institución laical que daba sus primeros pasos en 1913 necesitaba de una recia espiritualidad, que Poveda iba perfeccionando en los años posteriores.

<sup>62</sup> Cf. J.M. LABA, *Historia de la Iglesia*, IV. *Epoca contemporánea*, Madrid 2002, 269-309; M. BARRERA GONZÁLEZ, *La Iglesia y el liberalismo. El derecho de la libertad*, XX siglos 35 (2005) 63-77; R. SANZ DE DIEGO, *Pedro Poveda. Inicador de la cultura y la educación*, en *Pedro Poveda. Volumen-Homenaje cincuentenario 1913-1996*, Madrid 1998, 135-160.

<sup>62</sup> Carta 123, *A una señora enferma*, 457.